

LA GAVIOTA PRISIONERA

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para La Nación)
MADRID, agosto de 1929



HEINDO un pueblo de pescadores y navegantes todo Cascaes, no se sabía por qué se llamaba de los Navegantes aquella callecita fina, estrecha y morisca, que curaba en enjabelgadas blancuras lo que en el fondo debía tener de antiguos atezamientos.

En la calle de los Navegantes todos los portales se ocultaban detrás de una cortina y ninguna casa revelaba su interior en el menor gesto. Parecía que todos los navegantes estaban descansando del último viaje y se les envolvía en mosquiteros de silencio y de discreción para que su sueño fuese más reparador.

Sólo en un portal, ya a la salida de la calle de los Navegantes, junto al cruce de otras calles que igual podían llamarse de los Inválidos que de los Expósitos, aparecía colgando de un clavo una jaula de cañas en que rebullía un pájaro.

Muchas miradas buscaban una perdiz reclamera y otras un mirlo, pero lo sorprendente era encontrar lo que aquello era y adivinar, cuando ya se había llegado a creer que era una tórtola, que era una gaviota.

El alma del pasajero se detenía perpleja al ver una gaviota enjaulada, por más que la jaula fuese una jaula de flautas, con más de cabaña que de prisión por ser de cañas.

En el silencio no vigilado de la calle pobre de los Navegantes, era espiciosa la pausa del transeúnte preocupado por la gaviota, mirándola con mirada que si de frente veía la avecilla, le abría por el reverso hacia la playa del pueblo, siempre llena de la espera de los barcos, pescadora como ninguna, la favorita de esas costas del Atlántico, bienquista con el dios del mar como ninguna.

“Y cómo teniendo esa playa optimista, que es regazo de pescadores— se preguntaba el suspensivo transeúnte—, se mantiene ahorrada una gaviota del mar?”

Algunos sospechaban si aquel sería un rito de pescadores o un raso de amor paternal ante una cría caída en cubierta desde los nidos del cielo.

La gaviota bullía allí dentro con inusitado coraje, con más ahínco de libertarse que una perdiz que se descalabraba por salir de su jaula. La picuda gaviota metía su pico entre los barrotos con indicación orientadora, como persiguiendo los vientos con su pico conocedor de las direcciones, como el pico imantado de la brújula.

En la calle de los Navegantes, era como un navegante en pena aquel pájaro flaco, nervioso, con gestos de goma, con aguijamentos de avión ansioso de volar.

Todo estaba en sueños de descanso en aquel rincón y, sin embargo, aquella jaula ardía en fiebre de teón volandero, queriendo flechar las distancias prohibidas al pobre pájaro cautivo.

II

Boaventura le llamaban, con nombre de una pieza, al veterano de la gaviota enjaulada.

El hombre nicotinizado de mares había cobrado una silueta original gracias a aquel auto sencillo de apremiamiento del ave que a nadie se le había ocurrido enjaular.

Soltaron y ya con la piel dura y agrietada, le parecía a todos que en aquella dedicación a la gaviota encontraba un enloquecido camino la ternura sin salida del hombre solo.

Por la bondad que caracterizaba a Boaventura, no se atrevieron a pensar que aquella prisión supusiese ningún vejamen para la religión del mar que a todos les enfermó, ni ningún menoscabo de libertades que debían vivir incógnitas.

De todos modos, lo de la gaviota enjaulada no se borraba de la imaginación de todos, y les tenía preocupados, volviendo a su memoria muchas veces aquella puerta casera con una jaula al lado, como suspenso de la orca yata de sus sienes.

Los niños miraban a Boaventura con cierto rencor, como al hombre al que consenten los otros hombres, por cobardía, la mayor diablura que consentirían a un niño: una barbaridad mayor que la que se le pudiese ocurrir al rapaceo más vil.

La experiencia era bonita para el alma cruel de los niños, y se asomaban a ver indolente y furiosa la gaviota ansiosa de altopanear en las alas.

Nadie encontraba justificación para decir nada a Boaventura sobre su gaviota encadenada en jaula de cañas, pero todos pensaban en ella al ver el télico movimiento de sus hazañas, que

cubrían a veces el cielo de la tarde como si en la alta artesa hubiesen echado una carga de palo de jabón para limpiar mejor su azulidad.

“Y la gaviota de Boaventura en el callejón de los Navegantes”, pensaban los que se acordaban de ella al ver destrizarse las bandadas como velas destrizadas en la proximidad del puerto, encarnando sus pedazos en restos de vida.

El viejo bañero Rogelio Ferreria, “antiguo bañero e hija”, como ponía en sus tarjetas, fué el único que se atrevió a decir algo al hombrón misterioso de Boaventura:

—¿No ves que son las únicas aves siempre fieles al mar?... Se puede

retener junto a una ventana c u a izquierda de esos pájaros que entran en la ciudad y sus jardines... Merecen ese castigo por tener alas y volar junto a los hombres... Pero las gaviotas! Ahí las tienen en Lisboa, junto a la Plaza del Comercio... Las palomas pescan orgullosas por la playa, pero ellas no pasan de la escalinata en que la tierra acaba en el mar. Y eso que tienen el magnífico arco de triunfo en que anidan las pelomas y que parece ser el ideal de más aves!

—Yo sé por qué guardo mi gaviota — se contentaba con responder Boaventura.

III

La cabeza de la gaviota nunca encontraba el resquicio anchuroso que buscaba entre los barrotos huecos, que sonaban con un sonido seco de irse a quebrar al fin.

Burlona en su modestia de calle arrabatera para tan pomposo título de los Navegantes, la callecita decía sumisa: “de los marineros, apenas”.

No tenía la gaviota nombre alguno. Se la llamaba sólo “la gaviota”, porque hubiera sido ridículo ponerle un nombre de tierra adentro al animal más desembarazado de nombres y de cargantes y mezuquinas llamadas. Era sólo “la gaviota”, o a lo más, la gaviota de Boaventura.

No le cabía al pobre pájaro ni el consuelo que les queda a los otros enjaulados, sobre los que alguna vez pasan por lo alto del cielo de su calle una bandada de hermanos, pues las gaviotas sólo vuelan entre dos mares—mar y cielo—, no entre pueblos y cielo.

Entre las tragedias que sufría en su jaula la gaviota, una era la de sólo ser gria, pues no tenía medio de lucir su pecho blanco, ese retal de blancura del que sacan hasta cabrillos deslumbrantes en el vuelo de su libertad. Allí en la jaula sólo era una cosa sucia como alpargata vieja.

Las golondrinas de la calle clamaban por su libertad y sibaban la tiranía de Boaventura rozando las ventanas de su siesta. Sentían las negras golondrinas de la tierra la hermandad con aquellas golondrinas blancas del mar, mayores y más optimistas, porque también su misión es mayor, que es nada menos que la de contentar el mar.

“¿Qué importará que falte una?” Parecía que no le importaba mucho. Es como si en el cielo faltase un águila.

gel. Pues habiendo innumerables, todo se trastornaría.

Hay la conciencia recóndita e improbable de que el mar no es más duro porque se respetan las gaviotas, que son sus caricias, lo único que le amansa, los únicos pájaros que le quieren. Hasta parece que desvían muchas veces la posibilidad de que se pique el mar, porque fluctuando sobre él, bañando sus patas para volar después y caer de nuevo apesugadas sobre la ola, parecen hacerle creer que está picado engañándole así y evitando que se pique de verdad al lograr que vuelen su mala intención.

Jeroglíficos del mar no se sabe lo que quieren, ni lo que quieren decir, aunque a veces su escritura tumbada hacia la derecha parece ser rasguero de una pluma latina.

Y encima, hembra la gaviota de Boaventura! O sea que hay un viudo que no vió muerta a su pareja y que a todas horas se abaja a los valles del mar, buscando sin descanso a su gaviota.

Y las bandadas innumerables, probablemente presas por el mismo secreto, caen sobre huellas en que creen entrever a la gaviota desaparecida y vuelven a levantar el vuelo para inspeccionar nuevos abismos.

IV

La pérdida de aquella barca pintada de negro con un triángulo verde a cada lado, como agalla de su afanosidad, consternó la dulce playa, pues con la barca habían desaparecido cinco de los pescadores más queridos en el poblacho.

A propósito de aquel naufragio surgió ya sin somnoliento la saturación de lo insostenible, el no poder soportar por más tiempo aquel cautiverio de mal augurio que era la gaviota suspenso.

Se reunieron en la playa todos los pescadores, como cuando llegaba el reparto con cabales y cesar de recitar números en un largo rato.

Las barretinas verdes y las barretinas pardo negruzcas eran en el grupo como campanillas flojas, como remates en la cabeceria de gorras y pelambres.

Un grupo de gaviotas lanzaba su grito a chirrido de ventanitas que se abriesen en el azul, agudo chirrido de goma mal engrasado.

La borla negra de alguna barretina cayendo sobre la frente de un pescador de barba blanca, era como campanilla de pensamientos de luto.

Nadie se atrevía a acercarse al grupo de consejo, el más serio de los conatorios, puesto que lo celebraba gente del mar, que sabía lo que pasaba en los caminos intrasados, y se celebraba sobre el papel de lutos y alegrías de la playa: tan pronto como una u otra oría.

—¿Algún lote de “peipe”?—preguntó el curioso.

—No debe ser... No ves que no hay ninguna mujer.

En efecto, las mujeres, sentadas en un rincón de la playa como en el crucero de una iglesia, rezaban sus oraciones de futuro, las oraciones para de

allá a dos días, que es cuando estaba preparada la nueva batida al escondido pez.

En el confesionario de pronósticos que formaban todos los pescadores agrupados como en una barca estrecha, se trataba el asunto grave.

El anciano Teixeira decía:

—No hay más remedio que pedirle la libertad de la gaviota... Iremos una comisión de los más edad.

—Para que no lo achaque a miedo de vejez, convendría que fuese alguno como yo—dijo Rogelio, “antigo Banheiro e filha”.

—No eres tan joven como para presumir, pero ven—le repuso Anthero, el de la barba blanca con la borla en la frente.

Se formó la comisión y los cinco que la formaron salieron de la playa con solemnidad de visita de pésame, haciendo que las mujercas sentadas en un cuévano de la playa, se cansasen y arrebujasen en sus mantones, como si las hubiese atravesado la espina un escalofrío malagorero.

Por calles empinadas de calvario de deber la comisión se dirigió a la Rua dos Navegantes, donde la gaviota les acogió, como a todo el que pasaba, con esperanza de salvamento.

—Boaventura! Boaventura!—gritó Joao, el que al arriar velas y al captanear la voz de todos al lanzar al mar las grandes barcas, llevaba la voz cantante y era como altavoz de los espacios siempre sordos que colindan con plazas y rocas.

Boaventura dormía su siesta de haber acabado de volver siempre, pues él resumía los navegantes, ya que, estudiado el censo de la calle, todos eran hombres de mercería y algún empleado del Ayuntamiento.

—Boaventura!—gritó ya sin miedo a asustarle el estentóreo Joao.

Boaventura salió de un salto a la puerta de su casilla y se quedó sorprendido al ver toda una comisión y con expresión casi compungida.

—Pero si yo no soy casado! ¿A qué diablo de viuda venís a consolar?... Como no sea que traigáis la llamosa de la ortofanda a mi única huérfana, a la gaviotina.

—Por ella venimos...—repuso Rogelio—. Todos nuestros cofrades te piden por boca nuestra que la sueltes... Hemos tenido ya tres desgracias este invierno. Las frazadas de jerga de luto que se despachan en la tienda de las fascadas son tantas, como si fuesen de lana para sartén de velas a tres grandes bergantines...

—Y todo se lo achacáis a la pobre gaviota, que cuidó como a una niña?

—No es eso... Pero puede ser...—dijo Anthero—. El mar no nos quiere bien y hay que buscar todas las causas de su rencilla... Ya sabes que todos nos confesamos después de la segunda desgracia, y de nada ha servido aquel descargo de los peces podridos que llevábamos dentro.

Ante aquella voz de muy anciano, Boaventura vió sentenciada la gaviota, se dió cuenta del murmullo contra el prendido en las arenas, y con decisión abrió la jaula de cañas y dejó volar su gaviota, como quien lanza al cielo el mayor voto de sus sacrificios.

Sin mirar las alturas, para no despreciar de quien tan pronto estaba ya tan lejos, dijo con voz lacrimosa:

—Ya está! Id a decirselo a los cofrades.

Después se entró en la casa, dando una puñada a la cortina.

Todos miraron al cielo como con una súbita ansiedad de deshacer lo hecho y volver a restituirle su gaviota, pero vieron lo irreparable de aquel vuelo blanco en las alturas, a diferencia del del águila, que vuela sobre alas aviesas y defleceadas, con un aire de navajeo.

Rogelio, que era el más compadre del desposeído, entró a consolarle. Los demás se fueron hacia la playa.

Boaventura lloraba como un niño, con la cabeza echada sobre el hule refrescante de la mesa.

—Pero, por Dios, Boaventura, no merece tanto un pájaro!

—No era un pájaro, no era sólo un pájaro, Rogelio!—dijo con palabras de pan mojado el pobre Boaventura.

—Entonces?—preguntó con ansiedad el bañero.

—Te acuerdas—habló el dolido, sorbiéndose las lágrimas para que no enturbiasen la conciencia— de Ana Maria?... Pues ella me dijo un domingo, estando sentados en el malecón de Lisboa: “Si muero será gaviota...” En recuerdo de ella tenía la gaviota... Pero esta historia te la digo a ti solo, ahora, pero que no la sepas nadie, que ni el vino la arrasque de tu memoria.



ILUSTRACION DE LUIS MACAYA